



Orar la Palabra en la vida del cristiano

Jorge Zevini, SDB

BSCAM

Para que nuestra fe crezca y nuestra vida personal y eclesial madure, es necesario recorrer un camino de vida con la Palabra de Dios, que he experimentado con fruto en varios grupos juveniles y con mucha gente del pueblo.

Escuchar, convertirnos, testimoniar

Escuchar la Palabra. La escucha de la Palabra de Dios es medio fundamental para la vida espiritual del cristiano. Se vive la vida según el Espíritu en la medida en que damos espacio a la Palabra y hacemos nacer el verbo de Dios en nuestro corazón.

Escuchar la Palabra es rendirse a la iniciativa de Cristo que obra la salvación y nos renueva. Es aceptar a una Persona que quiere entrar en

comunidad con nosotros. Escuchar es dejarse guiar por la Palabra. Escuchar es una invitación a leer nuestra vida como historia de salvación.

Por tanto, el camino espiritual de todo cristiano comienza con la escucha de la Palabra para que, como dice san Nilo, "en la Escritura está escondido Cristo, y el Reino de Dios lo encuentran aquellos que perseveran en la oración y en la lectura, medios ordinarios para aclarar el Espíritu".

Convertirnos a la Palabra. De la escucha de la Palabra nace en el creyente la respuesta, la conversión a Dios. No basta alimentarse de la Palabra, es preciso asimilarla. Es necesario tener el deseo de que esta Palabra encuentre eco en la propia vida, el valor de dejarse juzgar por la Palabra. Debemos saber confron-

arnos con ella, dejarnos provocar realmente por ella, dejarnos convertir (Mc 1,15).

El primer paso hacia la conversión, que es don de Dios, es la confesión del propio límite, del propio pecado. Es necesario pasar de la autosuficiencia personal a la dependencia total de Dios y de su Palabra. Se trata de vaciarnos de nosotros para revestirnos de él. El amor de Dios toma la iniciativa, pero sin forzar a nadie.

Convertirse por tanto a Dios es acoger su Palabra. Es entrar en el silencio de Dios y en la sencillez de una vida, que es don según el modelo de Dios. Es participación en el amoroso coloquio del Padre con el Hijo en el soplo del Espíritu.



JLBurguera

Testimoniar la Palabra. La Palabra de Dios en la vida del creyente no se agota en la escucha y en la acogida, sino que exige el testimonio para ser creíble. El testimonio es la voz de la conciencia, es fruto de la vida interior del creyente, es don de Dios y del Espíritu, pero comporta en el cristiano madurez y valor. Se lee en los textos antiguos que un fiel llegó a suplicarle a un monje que le copiara un libro de la Biblia. El monje, que se ocupaba en la oración aún cuando trabajaba, escribió descuidando algunas frases y sin signos de redacción. El hermano, tomando el libro y queriéndolo corregir, se dio cuenta de que faltaban palabras. Entonces le dijo al monje: "Padre, faltan frases". Y el monje le respondió: "Vete, pon en práctica lo que está escrito, después vienes para que te escriba el resto". Es un episodio ejemplar.

El mayor deseo del hombre contemporáneo es el de querer descubrir el rostro de Cristo mediante el testimonio de una vida empeñada en el Evangelio. La sociedad actual tiene náuseas de las palabras y de los discursos vacíos, quiere hechos. En el testimonio cristiano la vida y la Palabra de Dios se corresponden; la vida prueba la autenticidad del men-

saje, porque la condición humana ha cambiado realmente. El tiempo en que vivimos necesita que se le grite el Evangelio con la vida.

Entonces es posible que el encuentro con Cristo y su Palabra, en su testimonio, penetre en lo íntimo de quienes están cercanos y lo conduzca a la experiencia fuerte de Dios que salva.

Un peregrino ruso decía: "Por la gracia de Dios soy hombre y cristiano; por los actos, gran pecador; por condición, peregrino sin techo; de la más baja condición, errante siempre de lugar en lugar. En cuanto a lo que poseo, tengo en la espalda un saco con pan seco, en mi camisa la santa Biblia, y esto es todo".

La cosa más bella para el cristiano es llegar al final de la propia vida libre y pobre, sin ningún bagaje, sólo con un libro en la mano: la Biblia.

La «lectio divina» en la vida cristiana

Te sugiero ahora una vía concreta de vida espiritual, fundada en la palabra de Dios, para hacer de la Biblia tu libro de educación en la fe y de oración diaria: el camino de la «lectio divina».

Esta práctica no es propia de escogidos, sino que interesa a tí y a toda la Iglesia, porque la palabra de Dios es para todos. Es el momento de confrontarte personalmente con Dios. Es vivir tu vida como prolongación de la palabra escuchada, interiorizada y orada, refiriéndola continuamente con las acciones del día en la presencia de Dios.

Esta frecuente y familiar "lectura de las Sagradas Escrituras" (DV, 25) ha sido vivamente recomendada por la Tradición de la Iglesia y recientemente por el Sínodo de los Obispos de 1977 sobre la Catequesis, cuando en el Mensaje al pueblo de Dios se dice que la finalidad de la catequesis es "la introducción auténtica a la "lectio divina", es decir a la lectura de la Biblia, pero según el Espíritu, que habita en la Iglesia ya sea con su presencia en el ministerio apostólico ya sea con su acción en los fieles" (n. 9). En concreto, la "lectio divina" consiste en la lectura de un trozo bíblico, a la luz del Espíritu Santo, de tal modo que la palabra leída, meditada y acogida en nosotros, se transforme en oración y transforme la vida. Estas son las etapas de este camino:



JL.Burguera

Método para practicar la “Lectio Divina”

1. Invoca al Espíritu Santo

Antes de abrir la Biblia, pide al Espíritu Santo que te ilumine y que, al descender en tí, te haga comprender su palabra en la fe. Esto evitará el peligro de caer en el consumismo privado de la palabra y en la arbitrariedad y el subjetivismo: el acercamiento privado se transforma entonces en sacramento de la unidad de la Iglesia.

Invoca al Espíritu, con un corazón humilde y sencillo, con esta oración:

Padre Santo, tú que eres la Luz, abre mis ojos y mi corazón. Infunde tu Espíritu en mí, para acoger con docilidad tu palabra. Dame un corazón abierto y generoso para que en diálogo contigo pueda conocer y amar a tu Hijo Jesús para salvación de mi vida y la de mis hermanos. Te lo pido por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

2. Lee la Palabra

Una vez abierto el Libro sagrado, lee con calma y atención, buscando hacer llegar a tu corazón cuanto el Espíritu te diga en la página bíblica. La “lectura” de la palabra se hace con la conciencia de escuchar a Alguien: la persona viva que te habla es Jesús.

¿Qué significa en la práctica leer un texto bíblico? Significa leerlo y releerlo varias veces, subrayando con lapicero en mano, como sugiere el cardenal Martini, la palabra, la frase, la idea que te impresiona. Es poner de relieve las partes más importantes del texto: los personajes, el ambiente, los sentimientos, las imágenes, los dinamismos de las acciones, los verbos, los textos paralelos y los textos parecidos. Como ves, la Biblia es un libro en el que hay que “permanecer” y “trabajar” sin prisa. La fidelidad a todo esto te

llevará a conocer el texto y a descubrir la multiplicidad de cosas siempre nuevas.

Esta etapa de la “lectura” es pues de búsqueda del sentido histórico-literario, buscando respetar el texto. Nos podemos hacer ayudar en esta tarea por algunos subsidios bíblicos y un comentario sencillo y bien fundado bíblicamente.

3. Medita la Palabra

Meditar es reflexionar sobre los valores permanentes de los textos, es buscar el sabor de la palabra, no la ciencia; es “rumiar” la palabra tratando de que cale en nosotros a base de interioridad y concentración; es cerrar los ojos delante del Señor y confrontar el texto con tu vida poniendo en evidencia las actitudes y los sentimientos que la palabra de Dios te transmite.

En realidad debes proponer preguntas al texto leído: ¿Cuál es la idea y



JLBurguera

el valor fundamental del texto? ¿Por qué es importante para ti? ¿Qué te sugiere y cómo te interpela? ¿Qué actitudes y sentimientos te transmite? ¿Cómo puedes con ellos iluminar tu vida? Se trata de hacer penetrar profundamente la palabra en la intimidad de tu corazón y después poner en marcha todas tus energías para confrontarlas y “penetrar” dentro de la palabra y “convertirte” a ella.

4. Orar la Palabra

Cuando la meditación sobre la palabra se hace bien, desemboca necesariamente en la “oración”, que es otra etapa del camino de la “lectio”. Orar es responder a Dios después de haberlo escuchado; es decir sí a su voluntad y a su proyecto sobre ti. Con la meditación has descubierto lo que Dios te dice en lo secreto de tu conciencia. Después de que esta palabra se ha incorporado en tu mundo interior, hazla rebotar hacia Dios con la oración oral.

Tu oración será entonces el momento en que te identificas con los sentimientos religiosos que el texto te sugiere y suscita dentro de ti. La palabra bíblica en la oración se transforma así en motivo de alabanza, acción de gracias, súplica, confianza, arrepentimiento, bendición. Dice san Agustín: “Si el texto es ora-

ción, oren; se es gemido, giman; si es gratitud, permanezcan en el gozo; si es un texto de esperanza, esperen; si expresa el temor, teman. Porque las cosas que sienten en el texto bíblico son el espejo de ustedes mismos”.

5. Contempla la Palabra

A esta etapa de la “lectio” no debes preocuparte por llegar. Si has hecho bien el camino precedente, es el Señor quien te introducirá. La “contemplación” es el momento pasivo de la intimidad en el que la iniciativa corresponde a Dios. El te introducirá a la contemplación de su misterio, el del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, cuando lo disponga. Contemplar la palabra es olvidar los detalles y llegar a lo esencial. Descubre entonces, con el corazón y no con la mente, tu vida, tu misterio en el de Dios con un diálogo que es sencillez, adoración, conocimiento y experiencia de un Padre que te ama como hijo.

La contemplación es mirar con ojos de admiración, de niño, en el silencio, el misterio de Dios-Padre, de Jesús-amigo y del Espíritu-Amor. Es reencontrar la participación límpida, transparente de la realidad de Dios, propia de los puros, de los sencillos, de los pobres de Dios. No es fruto de carismas especiales, ni de esfuerzos extra, ni de éxtasis: es dejar ac-

tuar al Espíritu de Dios en ti, conscientes de que todo es don de un Padre que es Amor.

6. Actúa y conserva la Palabra en la vida


Las etapas precedentes, importantes en sí mismas, asumen funcionalidad si se orienta a la vida vivida. El camino de la “lectio” no se puede concluir si no se llega a hacer de la palabra una escuela de vida. Tal meta se consigue cuando experimentas en ti los frutos del Espíritu, típicos de la “lectio”: ellos son la paz interior que florece en el gozo y en el gusto por la palabra, la capacidad de discernimiento entre lo que es esencial y obra de Dios y lo que es banal y obra del mal, el coraje para elegir y actuar según los valores evangélicos.

«El Evangelio es el libro de la vida del Señor y está hecho para que sea el libro de nuestra vida. No está hecho sólo para ser entendido; leerlo es como encaminarse hacia el umbral del misterio. No está hecho para ser leído, sino para ser acogido en nosotros. Cada palabra es Espíritu y vida, no espera nada más que la avidez del corazón para precipitarse en él. Las palabras de los libros humanos se comprenden y se valoran».

«Padre, hazme realizador de tu Palabra»

Antes de cerrar la Biblia, toma algún propósito concreto que te ayude en tu vida cristiana a crecer, y después concluye tu encuentro con la palabra de Dios con la oración:

«Padre Santo, tú que eres la Vida, hazme realizador de la Palabra de tu Hijo que he leído y escuchado en mí. Concédeme hacerla vida para que pueda encontrar mi felicidad en practicarla y ser, entre mis hermanos y hermanas con quienes vivo, un auténtico testimonio de tu Evangelio de salvación. Te lo pido por Jesucristo nuestro Señor. Amén».



Retumba el trueno del Dios de majestad:
El Señor más arriba que las aguas torrenciales.

¡Voz del Señor llena de fuerza! Voz del Señor, voz esplendorosa.

Voz del Señor que parte el alto cedro.
El Señor derriba los cedros del Libano.

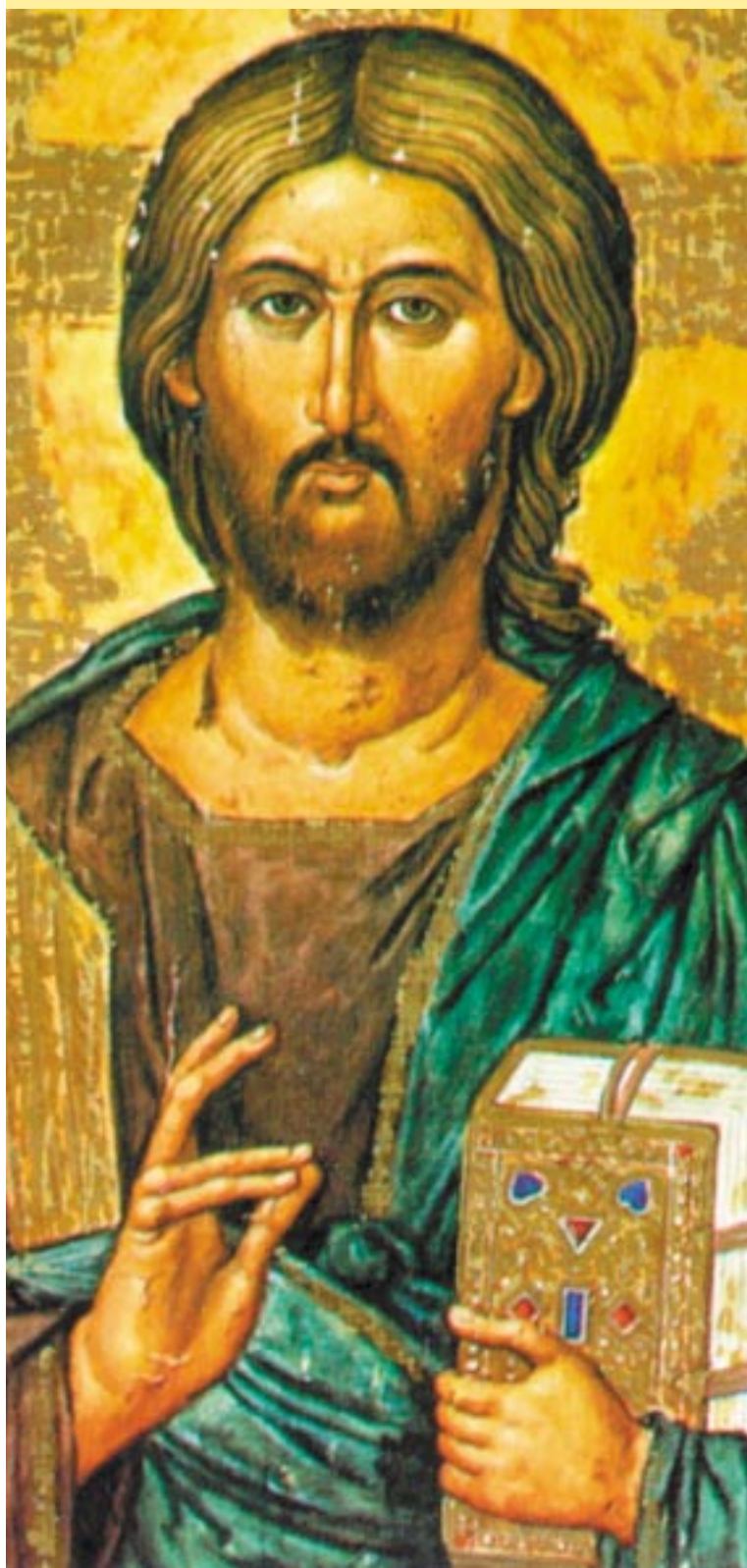
Hace saltar al Libano como un novillo
y al Sarión como a cria de búfalos.

Voz del Señor que arranca llamaradas.
Voz del Señor que sacude el desierto
El Señor estremece el desierto de Cadés.

Voz del Señor que doblega los árboles y arranca los bosques.
Una sola voz resuena en su templo: ¡Gloria!

Del Salmo 28

¡La voz del Señor sobre las aguas!



Escuchar la Palabra de Dios es lo más importante en nuestra vida

Cristo está siempre en medio de nosotros y desea hablar a nuestro corazón. Le podemos escuchar meditando con fe la Sagrada Escritura, recogiéndonos en la oración privada y comunitaria, deteniéndonos en silencio ante el Tabernáculo, desde el cual Él nos habla de su amor.

Especialmente el domingo los cristianos están llamados a encontrar y escuchar al Señor. Esto ocurre de la manera más plena mediante la participación en la Santa Misa, en la que Cristo prepara para los fieles la mesa de la Palabra y del Pan de vida. Pero otros momentos de oración y reflexión, de descanso y fraternidad pueden contribuir útilmente a santificar el día del Señor.

Cuando, por la acción del Espíritu Santo, Dios hace morada en el corazón del creyente, se hace más fácil servir a los hermanos. Así sucedió de forma singular y perfecta en María Santísima.

Juan Pablo II

Tomado de la carta del Rector Mayor titulada
Palabra de Dios y vida salesiana hoy.



María y la Palabra

J. Burquera

Aprender a partir siempre de la Palabra lleva consigo el esfuerzo de hacer verdaderamente nuestras las actitudes de la Santísima. Virgen ante ella: escucharla, obedecerla, hacernos sus discípulos, convertirnos en creyentes.

Ninguna escuela es mejor que la de María, para dejarnos introducir en la contemplación y en la acogida, en la custodia y en el anuncio de la Palabra de Dios. Habiendo dado su consentimiento a la Palabra divina, que se hizo carne en ella, María aparece como modelo de acogida de la gracia por parte de la criatura humana. Ningún creyente ha logrado como Ella, efectivamente, hospedarla tan bien, hasta hacerla criatura de su seno: María nos enseña que quien cree en la Palabra la hace carne propia, que quien la sirve con la vida la hace vida propia, que quien obedece a Dios lo convierte en su hijo. "¿Nos atreveremos tal vez a llamarnos madres de Cristo?", se preguntaba San Agustín con énfasis; y respondía con seguridad: "Cierta-

mente, nos atrevemos a llamarnos madres de Cristo... Los miembros de Cristo dan a luz con el espíritu, como María Virgen dio a luz a Cristo con el vientre: así seréis madres de Cristo".

No es vana ilusión pensar que la felicidad de María esté al alcance de nuestra mano. El Dios de María sigue manteniendo hoy proyectos de salvación; sigue, por eso, buscando creyentes atentos a su Palabra y dispuestos a acogerla en su existencia a toda costa; a nosotros nos ha reservado una aventura y gracias semejantes a las que concedió a Su madre. Para llegar a ser bienaventurados como María, y vivir con plenitud de gracia, nos basta ser creyentes como Ella: fiarse totalmente de Dios y comportarnos como humildes siervos. Si somos capaces de entregarnos a Dios, como Ella se entregó, acabaremos como Ella por proclamar que el Señor ha hecho maravillas también en nosotros.

No debemos olvidar que la relación de María con Dios y con Cristo no permaneció monótona y siempre

igual: fue lógicamente más íntima y constante al comienzo, antes y después del nacimiento de su hijo: permaneció oculta durante el ministerio público de Jesús (Jn 2,1-22; Lc 8,19-21; 11,27-28), tuvo un nuevo e intenso contacto durante la semana de la pasión (Jn 19,25-27). Precisamente porque en la relación con Dios es siempre Él quien toma la iniciativa y fija tiempos y metas, la relación no resulta nunca idéntica a sí misma. María lo aprendió pronto: en el momento de dar a luz al hijo, lo que se decía de él era incomprendible (Lc 2,18-19); cuanto más se le anunciaba el futuro de su hijo (Lc 2,34-35), tanto menos coincidía con lo que se le había dicho en la anunciación (Lc 1,30-33.35). La pérdida de Jesús niño en el templo es signo anunciador de un camino aún más doloroso: Ella deberá convivir en casa con un hijo que sabe que es Dios, pero que le está sometido todavía por algún tiempo (Lc 2,49-51). No hay que maravillarse si María, no siendo capaz de comprender, "conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón" (Lc 2,19.51).





Don Bosco, sacerdote de la Palabra

Tomado de la carta del Rector Mayor titulada Palabra de Dios y vida salesiana hoy.

En el tiempo en que vivió Don Bosco, la Biblia no tenía una presencia fuerte en el contexto eclesial y cultural; la Escritura no era considerada el primero entre los libros de la fe. Aun no estando ausente del todo de la vivencia cristiana, se llegaba a ella indirectamente a través de la meditación eclesial, casi exclusivamente litúrgica o catequética; en su interpretación se privilegiaba más la aplicación edificante y el sentido acomodado.

Formación bíblica y ministerio personal

La enseñanza religiosa que Mamá Margarita impartió o, mejor, hizo respirar a Juanito, aunque tal vez no tenía referencias explícitas a la Biblia, estaba empapada de sensibilidad y de resonancias bíblicas, que expresaban “el sentimiento vivo de la presencia de Dios, la sencilla admiración de sus obras en la creación, la gratitud por sus beneficios, la conformidad con su santa voluntad, el temor de ofenderlo”. El Dios de Don Bosco es, como el bíblico, un Dios

personal, que se oculta más allá de la realidad, de la que es origen y meta; es un Dios al que se llega en los acontecimientos, del que se habla narrando hechos, al que se sirve en lo cotidiano.

De la formación bíblica de Don Bosco durante los años del Seminario se pueden deducir escasos elementos y poco significativos; el estudio de la Sagrada Escritura debía tener una importancia bastante marginal. En las Memorias del Oratorio, Don Bosco enumera una serie de lecturas bíblicas en las que él se había comprometido y alude a su amor a las lenguas griega y hebrea; de los frutos de este estudio las Memorias Biográficas ofrecen varios testimonios, tal vez con alguna exageración. En los escritos de Don Bosco encontramos numerosas citas de la Escritura: pero su aplicación es, ordinariamente, de carácter edificante: Cuando la Escritura no es incorporada como página narrativa, sino como sentencia sumamente acreditada, en general es asumida en sentido moral, muchas veces en senti-

do extensivo o audazmente acomodaticio.

Solicitado como predicador por tener gran facilidad para exponer la palabra de Dios, Don Bosco afirma, además, que su modo de predicar comenzaba con un texto escriturístico; la eficacia de su palabra se debía, además de a la doctrina y a la acentuación espiritual, a la costumbre de apoyarse en la S. Escritura y en los Santos Padres. Hay que recordar, porque es significativo, que la gracia pedida fervorosamente en su primera misa fue la eficacia de la palabra; “me parece —escribió hacia el final de su vida— que el Señor oyó mi humilde plegaria”.

Aunque no excluya que la Biblia es la palabra de Dios por excelencia, Don Bosco, como sus contemporáneos, utiliza ordinariamente la expresión para indicar toda la enseñanza de la Iglesia. Cristiano, escribe, es el que tiene “la Divina Palabra como guía”. “La palabra de Dios se llama luz porque ilumina al hombre y lo dirige en el creer, en el obrar y en el amar. Es luz porque desnudada y bien enseñada muestra al hombre qué camino debe seguir para alcanzar la vida eterna y feliz. Es luz porque calma las pasiones de los hombres, las cuales son las verdaderas tinieblas, tinieblas fuertes y peligrosas, tanto que no pueden clarearse sino por la palabra de Dios. Es luz porque, predicada debidamente, infunde las luces de la gracia divina en el corazón de los oyentes y les hace conocer la verdad de la fe”.

Eficaz utilización pedagógica

La relativa importancia del estudio de la Sagrada Escritura durante los años de seminario hace ahora más impresionante —y muy sugestivo— el modo como Don Bosco supo valorizar el dato bíblico en su actividad educativa. La referencia a la palabra de Dios en su pedagogía fue constante; Don Bosco construyó la santidad de sus jóvenes sobre una

sólida evangelización, fundada en la palabra de Dios e iluminada por ella.

En la vida de Domingo Savio, cuando Don Bosco describe su crecimiento espiritual, hace notar en un determinado momento: “Tenía siempre presente que la palabra de Dios es la guía del hombre en el camino del cielo”. Hablando del interés de Domingo por hacerse explicar lo que en la Sagrada Escritura no comprendía, añade: “De aquí arrancó aquella vida ejemplarísima y aquella exactitud en el cumplimiento de sus deberes, que difícilmente pueden superarse”. Y, efectivamente, en el reglamento de la Compañía de la Inmaculada, redactado por Domingo, en el punto 12° se lee: “Acogeremos con avidez la santa palabra de Dios y repensaremos las verdades oídas”.

La obra en que Don Bosco demuestra mayormente su sensibilidad bíblica en perspectiva educativa es ciertamente la Historia Sagrada. En el prefacio él motiva la edición de una nueva Historia Sagrada, evidenciando ante todo los defectos de otras en circulación: demasiado voluminosas o demasiado breves, carentes de referencias cronológicas y de sensibilidad pedagógica. Además, presenta en positivo las cualidades de su texto: presentación cuidada de todas las noticias más importantes de los libros sagrados; atención para no despertar en los jóvenes ideas menos oportunas; facilidad para que el texto pudiera valer para cualquier joven, hasta el punto de poder decirle: toma y lee. Don Bosco añade que ha llegado a este resultado después de una larga y concreta experimentación en contacto con los jóvenes, estudiando con atención las reacciones que en ellos podía despertar su presentación.

Otro texto que revela la importancia que Don Bosco daba a la Biblia es El Joven Cristiano, un texto del que se ha dicho que para la ascéti-



BSCAM

ca tiene el mismo valor que las páginas del ‘Sistema Preventivo’ tienen en pedagogía”, que es “el programa y pregón de la espiritualidad propuesta por Don Bosco a los jóvenes, programa al que se mantiene fiel hasta el fin de su vida. Don Bosco mismo lo presenta como “libro de devoción adecuado a los tiempos”. Escribe: “Traté de escribir un libro, basado en la Biblia..., que expusiese los fundamentos de la religión católica de la forma más breve y clara posible”. En verdad, analizando las indicaciones que Don Bosco da a los jóvenes, se constata que están “apoyadas” en más de 40 citas bíblicas, si bien no todas son explícitas.

Una especial “tonalidad bíblica” de fondo ha sido puesta de relieve por un historiador un poco crítico en el modo mismo de narrar que tenía Don Bosco. Como buen educador y comunicador elocuente, Don Bosco supo servirse con fantasía de los medios de comunicación que tenía a disposición: juego, música, teatro, paseos, liturgia, fiestas... Uno de ellos eran las inscripciones, sacadas de la Biblia, que quiso estuvieran puestas dentro de los pórticos de Valdocco. “Quería—comenta su biógrafo—que hasta las paredes de su casa hablasen de la necesidad de salvar el alma”.

Determinante para recurrir Don Bosco a la Biblia en su obra educativa fue la razón teológica: la Biblia es el libro sagrado por excelencia. Además, tuvieron su peso también otros motivos: la educación recibida en familia, saturada de religiosidad genuina y, por eso, sustancialmente bíblica; sus misteriosas experiencias de lo sobrenatural, que se manifestaban por ejemplo en los sueños y que son marcadamente bíblicas; su temperamento y su inclinación a estudios positivos, tanto históricos como exegéticos; un poco menos, tal vez, el planteamiento cultural y la experiencia formativa del Seminario. En él el recurso a la Biblia tiene una finalidad moral y educativa: sirve para orientar rectamente la respuesta del hombre a la acción de Dios.

Como sacerdote y pedagogo, Don Bosco puso la Palabra de Dios en el centro de su trabajo apostólico, hasta el punto de ser llamado “sacerdote de la palabra”. “Obrero de la palabra es quien hace con la palabra obra propia, por gusto y por voluntad; sacerdote de la palabra, por el contrario, llamaremos al que ejerce con la palabra un ministerio, un uso sagrado de la palabra, practicado en nombre de Dios y en servicio espiritual del prójimo, por deber de vocación”.



Misión y Palabra de Dios

En 1970 un grupo de jóvenes solteros de la aldea Sehubub, a 15 km de la ciudad de Carchá, Guatemala, comenzó a reunirse por iniciativa propia tres veces por semana. Las reuniones nocturnas se realizaban en sus propias casas humildes. A la luz de una lámpara de gas, apretujados en bancas bajas, comenzaron a escudriñar el capítulo 5 de Efesios. También asistían mujeres y niños. No había maestro ni alguien que explicara. Era una conversación espontánea.

La Palabra de Dios fascinó sus almas ingenuas. Eran prácticamente analfabetas. Ese texto bíblico sería la puerta de entrada a la Biblia, que hasta entonces desconocían.

En otro tiempo ustedes eran tinieblas, pero en el presente son luz en el Señor. El capítulo quinto de la carta a los efesios fue el germen de una profunda y duradera revolución pastoral en la misión salesiana de Carchá (Guatemala).

Las refrescantes frases bíblicas eran leídas y releídas, comentadas y reflexionadas en conversación libre. Era la sorpresa de quien encuentra un filón de oro. Era como masticar un alimento sabroso. Al poco tiempo decidieron invitar a sus sesiones al P. Jorge Puthenpura, entonces joven misionero llegado de la India.

Como hijos amadísimos de Dios, esfuércense por imitarlo. Sigán el camino del amor, a ejemplo de Cristo que los amó a ustedes. El mensaje tenía la fuerza de la novedad. Les resultó una total sorpresa asomarse por primera vez a este



El P. José Bosco, Salesiano, con un grupo de catequistas en la misión de Chisec



Indígenas qeqchí de la misión salesiana de Carchá.

horizonte que ni siquiera imaginaban.

Por cuanto son ustedes santos, no se hable de inmoralidad sexual, o de codicia o de cualquier cosa fea. A ellos, lastimados por una vida desordenada por el licor y la sexualidad indisciplinada, se les despertó el vehemente deseo de iniciar una vida digna. Era una opción moral entusiasmante, totalmente ajena a los habituales moralismos asfixiantes.

No anden como tontos, sino como hombres responsables. En aquel pequeño grupo indígena aleteaba el Espíritu del Señor. Algo grande comenzaba a nacer en aquellas ingenuas reuniones nocturnas. Ese algo era el descubrimiento de una sabiduría nueva, que los conducía a un estilo de vida de mayor calidad.

Júntense para rezar salmos, himnos y cánticos espirituales. Canten y celebren interiormente al Señor. Primero saborearon el descubrimiento de la Palabra. Después se lo contaron a las aldeas vecinas, que quedaron contagiadas. Así se generó una reacción en cadena.

Comunidad tras comunidad comenzaron a experimentar el sabor de la Palabra y a estrenar un nuevo estilo de vida, nacida de la misma. Se trataba sin duda de un nuevo Pentecostés.

Hoy, más de treinta años después, el panorama tiene algo de milagroso. Centenares de comunidades se han habituado a la celebración de la Palabra, los animadores de las reuniones se han multiplicado por miles, ha ido surgiendo un abanico de ministerios laicales entre hombre y mujeres.

La Palabra de Dios ha transformado radicalmente la vida de las comunidades indígenas. La toma de conciencia de la propia dignidad, a la luz de la Palabra, despierta en estos hombres y mujeres un anhelo por todo aquello que conduce a su superación humana.

BSCAM

Mi experiencia con la Biblia

Mario Fiandri

Entendí también que la Biblia proclama el sentido definitivo y auténtico de mi vida y es la razón última de mi existencia

En 1989 me encontraba en la comunidad salesiana de la Parroquia Divina Providencia (Guatemala), inmerso en un montón de trabajos y proyectos.

De repente un día me llamó por teléfono el superior y me pidió que fuera a verlo de inmediato a San Salvador (donde en ese tiempo estaba la casa provincial) porque necesitaba hablarme de algo con urgencia.

La cosa me extrañó mucho y me obligó a hacer en seguida un examen de conciencia, revisando qué había hecho o en qué había fallado o qué tontería había cometido, ya que apenas una semana antes el mismo Provincial había estado visitando mi comunidad.

Cuando llegué a San Salvador, me comunicó que pensaba mandarme a estudiar Biblia.

En ese momento me sentí como aturdido o como que me hubieran agarrado desprevenido y me hubieran pegado un golpe al hígado. Me parecía muy duro dejar de repente y sin preaviso mi comunidad, mi gente, mi ambiente de trabajo, mis proyectos .

Además me sentía ya viejo (tenía en ese entonces 42 años) para volver a estudiar y pasar exámenes después de tantos años de haber abandonado los libros y los estudios académicos. Volver a estudiar me parecía un caminar para atrás -como un canchrejo- después de haber saboreado



lo rico y gratificante de la vida y la actividad pastoral a tiempo completo.

No me hacía ninguna gracia cambiar el rumbo de mi vida para ir a estudiar Biblia. Como salesiano acepté la obediencia, pero sin mucha ilusión; simplemente tenía que ir a estudiar y sacar el título.

Hoy veo ese cambio de rumbo en mi vida como una de las gracias más grandes de mi vida personal y sale-

siana. Ir a estudiar Biblia ha sido para mí como un camino de Damasco, duro y difícil, pero maravilloso y lleno de significado.

¿Qué ha significado para mí el estudio de la Biblia?

Estudiar la Biblia de manera profesional o científica me ha abierto la mente acerca de la misma. Me ha servido para entender que estudiar la Biblia no es tanto conocer nociones acerca de la historia de Israel o



JJBurguera

los acontecimientos del pueblo de Dios, o la lengua hebrea o griega, o la cultura de Palestina o del Oriente Medio o incluso la vida de Jesús o los orígenes de la Iglesia.

Encontrar la Palabra significa encontrar una Persona. Ha quedado claro para mí que la Escritura no consiste en un libro -por muy bonito o muy sagrado que sea- sino en una Persona: la persona de Dios, sobre todo por medio de Jesús, la Palabra hecha carne, Dios expresado y manifestado y hecho visible a mí en la historia. Porque detrás y dentro de los relatos, textos y mensajes descubrí que hay Alguien que me mira, me habla y me guía; y que me hace entender que, más que un «objeto de estudio», Él es un «sujeto de amor» que se dirige a mí y a mi vida, el Dios vivo que actúa en la creación y en mi propia historia.

Entendí que Dios no comunica cosas o ideas o noticias, sino que sobre todo se comunica a sí mismo. Y

comunica en la Escritura lo que lleva dentro, se comunica a sí mismo, o sea su plan de salvación, su amor, su verdad, a sí mismo. Entendí que la Biblia proclama el sentido definitivo y auténtico de mi vida y es la razón última de mi existencia. Porque la Biblia contiene las respuestas verdaderas a los problemas más profundos de mi ser y me enseña auténticamente todas las verdades que forman el sentido de mi vida, porque es la palabra de Aquel que es «el Camino, la Verdad y la Vida».

Por eso mismo entendí que la Biblia debe ser -con todo respeto para los demás libros- «el Libro», la fuente principal de mi vida espiritual, la única que puede alimentar adecuadamente mi fe y mi vida cristiana y salesiana.

Estudiando la Biblia entendí lo que decía William Lyon Phelps, que en una encuesta resultó ser el profesor más preparado y amado de los Estados Unidos y que fue rector de la

Universidad de Yale: “Creo firmemente en la necesidad de la educación universitaria, tanto para hombres como para mujeres; pero pienso que el conocimiento de la Biblia sin estudios universitarios tiene más valor que los estudios universitarios sin la Biblia”.

Con el estudio de la Escritura aprendí que, si la Biblia es una Persona, y estudiar la Biblia es encontrar a Dios, la Biblia no puede tener para mí sólo un aspecto informativo y proclamativo, sino otro aspecto mucho más importante todavía: un aspecto interpelativo: la Palabra me interpela directamente, me incluye, me compromete, espera y exige una respuesta de mi parte, exige de mí un sí, no puede dejarme indiferente o igual, exige de mí una toma de posición.

Porque la Palabra es para la vida, para «mi» vida. Mi meta o mi punto final no puede consistir en la actualización exegética o cultural del texto sagrado, sino en mi confrontación -como discípulo- con la Palabra de salvación, para iluminar mi propia existencia, ofreciendo un continuo empujón para re-fundar y re-programar mi vida cotidiana según las ideas y los valores de la Biblia.

De hecho, ¿quién es el mejor intérprete y el mejor exegeta de la Biblia?

Estoy seguro de que es el santo, el fiel, que vive plenamente la realidad expresada por los textos bíblicos; así como estoy seguro de que San Francisco de Asís y Don Bosco -para poner dos botones de muestra- son los mejores intérpretes de la Biblia que los doctores y los exegetas oficiales, porque ellos la han vivido «haciéndola carne».

En tercer lugar, estudiar la Biblia me ha ayudado mucho a re-orientar mi visión y mi praxis pastoral como párroco.

A la hora de presentar la Biblia -en charlas o cursos bíblicos- he constatado que -a pesar de que desde el Concilio Vaticano II se ha avanzado mucho en la escucha y en la lectura de la Sagrada Escritura y que son muchos los laicos que se dedican a ella con la valiosa ayuda de estudios teológicos y bíblicos- todavía una gran mayoría de los fieles católicos no está familiarizada o enamorada de la Biblia, y que no tiene la lectura y el estudio de la Biblia como una tradición que se mama como la leche; y que son demasiados los fieles que siguen privados de un encuentro vital con las sagradas Escrituras.

Y que la mayoría de los católicos están frente a la Biblia como el eunuco etíope de los Hechos de los Apóstoles: «Felipe corrió hasta él, lo oyó que leía al profeta Isaías y le preguntó: “¿Entiendes lo que lees?”. El etíope contestó: “Si nadie me explica, ¿cómo voy a entender?”.

Por otro lado, he tratado de realizar un gran esfuerzo para que los fieles tuvieran amplio acceso a la Biblia, porque, en efecto, como dice san Jerónimo, «ignorar la Escritura significa ignorar a Cristo».

Y he visto y experimentado que, cuando se trata de presentarles la Palabra de Dios por lo que es -de

manera científica y al mismo tiempo vital- los fieles tienen hambre y sed, pero no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra del Señor.

Hace unos cuatro años, al final de un cursillo bíblico, a la hora de entregar las biblias, una señora indígena bastante mayor, delante de todos, me dijo: “Cuando usted puso la Biblia en mis manos, delante del altar, sentí la misma sensación que cuando pusieron en mi regazo a mi primer hijo. Al recibirla con agradecimiento y emoción, sentí que es la Biblia la que ahora me engendra a mí.

El estudio de la Biblia, en los años en que fui párroco, me llevó a una elección metodológica-pedagógica-pastoral fundamental: convertir y usar la Biblia como el texto fundamental para la formación de las nuevas generaciones, tanto en la catequesis de iniciación cristiana como en la enseñanza y en el crecimiento de los adultos; y hacer de la palabra de Dios, la fuente de vida espiritual, para animar y reavivar toda la acción pastoral, motivando a todos los grupos parroquiales, a las asociaciones y a los movimientos laicales, las familias y los jóvenes a hacer de la Escritura la regla suprema de la fe, y a realizar la ardua tarea de la nueva evangelización empezando con

conocer y dar a conocer más la Biblia a todo el pueblo de Dios.

El tener que dar clase de Biblia en el Instituto Teológico Salesiano de Guatemala me ha obligado a estudiar aún más la Biblia..

Me estrené como profesor de Biblia hace diez años. No sé si lo he logrado, pero en las clases mi afán siempre es el de contagiar la emoción y la devoción que yo siento por la Biblia. Nunca he querido hacer clases de anatomía bíblica o vivisección bíblica, sino introducir al texto bíblico para llevar al encuentro con Jesucristo a través de la Biblia.

Sobre todo me he esforzado por relacionar la Biblia con la vida, convencido de que un estudio de la Biblia que no toca la vida cotidiana y no muerde la vida de cada día termina por perder su valor y su sentido de Palabra de vida.

Por eso, más que enseñar he tratado de compartir; y enseñando es como he aprendido (creo que tal vez he enseñado algo a mis alumnos, pero he aprendido mucho más de ellos); he buscado hablar de la Palabra ante todo dejándome yo hablar por ella y dejándola hablar a mí y a los que me oyen.



J. Burguera